

Al comienzo del último capítulo de la biografía de Luis García Montero *Francisco Ayala. El escritor en su siglo* se reproduce un amarillento recorte de *La Nación* de Buenos Aires con el texto, fechado en 1976, de “Alhambra”, de Jorge Luis Borges, poema que le gustó tanto a mi marido que guardaría aquel pedacito de papel el resto de su vida. Recuerdo, como si fuese ayer, aquella ocasión. Fue a comienzos del otoño de 1977. Estábamos los dos en la cocina de nuestra casa brooklynense, echando un vistazo al correo que acababa de llegar: facturas, alguna que otra carta y –entre las revistas– el Suplemento Literario de *La Nación*. Apenas vio Francisco el poema, lo leyó en su suave acento granadino: “Grata la voz del agua / A quien abrumaron negras arenas, / Grato a la mano cóncava / El mármol circular de la columna”..., maravillándose de cómo, para la recreación de esa *visión* suya del monumento nazarí, había apelado el poeta ciego a los sentidos del oído y el tacto.

Poco tiempo después –a mediados del mes de noviembre–, en la recepción final del Diálogo de las Culturas organizado con ocasión de la donación a la UNESCO, por parte de Victoria Ocampo, de la Quinta de San Isidro, volvería a hablar Francisco Ayala del poema, ahora con su autor, conversación que rememoró, una década más tarde, en el capítulo del tercer volumen de sus *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* titulado “Últimos encuentros con Borges”. Su evocación de aquella conversación con su ya anciano amigo resulta casi tan emocionante como el propio poema, que termina por citar allí en su totalidad. Constituye asimismo este *recuerdo* suyo una especie de elegía anticipada: una despedida, quién sabe si para siempre ya. Varias semanas más tarde, en una carta fechada “Nueva York, 7 diciembre 1977”, se despediría Ayala de su amiga Victoria Ocampo, disculpándose a su vez de no haber podido hacerlo en persona al final de aquel encuentro cultural. Dicha misiva, junto con otras nueve “Cartas a Victoria Ocampo” y la copia de todavía otra –por cierto, bastante mordaz–, dirigida en el 1956 al entonces subdirector de *La Nación*,

Juan Valmaggia, están reproducidas por Irma Emiliozzi en el número de octubre de 2009 de *Revista de Occidente*.

Buenos Aires, vivido de cerca, desde lejos recordado, sin pena ni olvido... El diario *La Nación* –uno de los grandes del mundo–, donde Ayala, a lo largo de medio siglo y con una frecuencia que variaba según las circunstancias personales del autor, iría publicando artículos, ensayos y obras de invención. E Irma Emiliozzi, profesora, investigadora y autora de importantes trabajos sobre la vida y obra de Francisco Ayala, especialmente en lo que atañe a la relación de éste con la Argentina. Con dicha materia prima geográfica, histórica y periodística, y teniendo en cuenta el entusiasmo, perseverancia e inteligencia innatos de esta simpática *ratona* de hemerotecas que es nuestra amiga Irma, apenas es de extrañar que en un momento dado se le ocurriera proponer, como proyecto de investigación, la recopilación y publicación de textos ayalianos en su día aparecidos en las páginas de *La Nación* para encontrarse luego relegados, por cualquiera que fuese la razón, al vasto firmamento del olvido general.

Con entrega profesional, así como personal, y gracias, en parte, a una ayuda económica de la Fundación Francisco Ayala, en colaboración con el Ministerio de Cultura, ha cumplido Irma Emiliozzi con su cometido, rastreando con tenacidad las huellas de Francisco Ayala en el diario *La Nación*: colaboraciones suyas de índole diversa; artículos dedicados a su persona, vivencias y actividades; materiales –recortes, entrevistas, fotos– guardados en la hemeroteca de este gran periódico (fondos todavía, dicho sea de paso, por digitalizar...). Según atestigua la treintena de escritos reunidos en el presente volumen, la profesora Emiliozzi ha trabajado con ahínco, y en nombre de todos –la Fundación Francisco Ayala, así como estudiosos y lectores de la obra del autor–, quisiera darle yo aquí las más profundas gracias por esta a veces hartamente ingrata labor, cuya génesis y desarrollo refiere ella misma en su introducción.

Sentía Ayala por Buenos Aires, en especial por ese oasis cultural que llegó a ser aquella ciudad durante la década de los cuarenta, una enorme simpatía. Había alcanzado por entonces él la madurez literaria e intelectual. Y la tranquilidad. “Yo creo”, me diría, décadas después, “que es cuando en mi vida más feliz me he sentido.” Y aunque, hartamente ya del peronismo, optaría en 1950 por trasladarse a la isla de Puerto Rico, para pasar, más adelante, a fijar su residencia en Estados Unidos, jamás se ol-

vidaría –según consta, no sólo en las páginas de *Recuerdos y olvidos*, sino también en las de *La Nación*– de los amigos y lectores de su Buenos Aires querido. Prueba de ello es su primer envío desde la denominada *isla del encanto* al diario porteño: un conjunto de tres deliciosas “Postales puertrorriqueñas” tituladas “Las alimañas”, “El artista negro” y “La muerte desplazada”, que, visto desde la perspectiva de hoy, podría considerarse una especie de saludo, a la vez que despedida, de parte de aquel eventual *tourista* que pronto se vería convertido en morador.

Después del antes aludido viaje de 1977, regresó dos veces Francisco Ayala a Buenos Aires. La primera de ellas, en el mes de abril de 1983 (otoño en el Cono Sur), fue en calidad de pregonero de la Feria del Libro. Yo le acompañé. Recuerdo que me paseó primero –los jacarandás en flor– por la Recoleta; otro día me llevó, en colectivo, desde el hotel Colón hasta San Telmo, donde, en Defensa 119 –el inmueble ha sido reemplazado ya por otro más moderno–, instalara con Mallea, en el 1946, las oficinas de *Realidad, Revista de Ideas*. Tres cuadras más arriba, frente a las imponentes rejas del atrio de Santo Domingo y el mausoleo de Belgrano, había vivido Ayala en Defensa 441 –en el Edificio Calmer, de estilo racionalista– desde 1939 hasta 1942. Un día fuimos a La Boca, de paseo y a comer; otro me enseñó, exaltado, el inmenso “río inmóvil”: aquel “león dormido” evocado por él, años más tarde, en una hermosísima pieza titulada “Del Genil al Río de la Plata”. Complaciente, me acompañó a *ver* Corrientes 348; y en Florida 468 –ironías del destino– me introdujo en un café que *in illo tempore* solía frecuentar: el Richmond, “bar”, según recuerda Estela Canto en su *Borges a contraluz*, donde una vez la había llevado éste para conocer –y cito– al “‘hombre más buen mozo que vas a ver en tu vida’. Quien nos esperaba”, dilucida enseguida la autora, “era el escritor español Francisco Ayala”...

De aquel *volver* de mi marido a Buenos Aires tengo algún *dulce recuerdo* más: una divertida comida de literatos en la embajada de España; otras, distendidas, con el clan Ayala; el canario que volaba libre por los *cielos* del salón del hermano Vicente; el cuadro del granadino jardín del abuelo, pintado por la madre, Luz García-Duarte, que colgaba por aquel entonces en el departamento del hermano Eduardo; una cena con Bioy Casares y Silvina en su oscuro, desmoronado caserón, del que salimos, horas después, tambaleándonos bajo el obsequio de un montón de libros; una especie de velada literaria a la que nos convidó Estela Canto; la simpática visita, en el hotel, de Enrique Anderson Imbert.

Han pasado casi treinta años ya. La parca ha hecho su cosecha. En Buenos Aires quedan todavía el cuasi centenario Vicente; la librería Ayala, en la Avenida Santa Fe; una placa conmemorativa de mármol verde que en noviembre de 2009 se colocó en la fachada de Defensa 441...

Y queda –imperecedero– el diario *La Nación*.

CAROLYN RICHMOND
Madrid, junio de 2011